

DISCURSO

LEIDO POR EL SEÑOR DOCTOR ANGEL M^a SÁENZ
EN LA INAUGURACIÓN DEL FERROCARRIL DEL
NORDESTE A TOCANCIPÁ

Excmo. señor Presidente, Ilmo. y Revmo. señor, señores:

Los hijos de este pueblo, congregados aquí ante las autoridades supremas de la nación, de la Iglesia y del Departamento, y orgullosos con la presencia de las Cámaras legislativas, celebran con fruición gratísima, con alborozo que rompe todos los diques e inunda todos los corazones, los toques entusiasmadores con que las sirenas del Ferrocarril del Nordeste hieren por primera vez sus oídos y vienen a formar de hoy para siempre, con el eco de los montes y el rumor de las fuentes, el canto de redención que pondrá en sus almas el divino estímulo de la alegría, despertará esta comarca tranquila y hermosa a los alientos de la vida y la incorporará, ataviada por la esperanza, en la marcha triunfal de la República.

Estas paralelas de acero que se van alargando a través de montes y llanuras, como guiones gigantescos trazados por los cíclopes para señalar la tierra de promisión, donde duerme el porvenir; este trepidar de las máquinas; este empuje victorioso de las locomotoras, que ha de poner en pie fuerzas desconocidas, destruyendo las barreras de hielo que la indiferencia y la desunión han levantado entre nosotros, de pueblo a pueblo y de tierra en tierra, nos están diciendo que un anhelo de los que forja la químera y que la fantasía se place en llevar y traer sobre sus alas para que la caricia de la ilusión agasaje el alma de los pueblos y la lance al viento en forma de canto, se ha transformado, al conjuro de voluntades batalladoras,

en una realidad magnífica que podemos ver y palpar; que vive y se desarrolla y que ha de seguir incontenible hacia remotos climas, donde esperan nuestros hermanos inteligentes y laboriosos, prestos a llenar, como cabe a la raza de esforzados, la espléndida misión para que vienen apercibidos de lo alto.

Paseándose un día el señor Pineda López por las orillas del Rhin, pudo contemplar las maravillas que la industria, las artes y la ciencia, han derramado sin medida sobre la tierra del ensueño, de la poesía y de la leyenda. Su espíritu inquieto y emprendedor sintió todas las atracciones de lo grande, de lo fuerte y de lo bello, y pensando en la patria lejana se dio a imaginar la manera de engrandecerla, trayendo a ella algo de lo que tenía ante los ojos: así nació la idea del Ferrocarril del Nordeste.

Vuelto al país, principió a trabajar con perenne y vivo interés, a fin de llevar a remate su pensamiento, poniéndolo en el camino de las realizaciones. Acostumbrado a asociarse, a resistir, a no temer a nada, a no dejarse enredar por la sorpresa, a salvar del fracaso sus proyectos, se presentó en público, despertó el entusiasmo, congregó voluntades, sumó esfuerzos, hasta que la Asamblea de Cundinamarca oyó sus proposiciones y las concretó en una Ordenanza. Cuando esto pasaba, nadie podía imaginar que el genio del mal iba a lanzar sus huracanes de locura sobre la tierra. La guerra europea, que paralizó las actividades industriales del mundo, detuvo todo esfuerzo, hasta el punto de llegar a tenerse por cierto, aun entre los que sentían ilusión por la obra, que todo se había reducido a un vano fantasma, deshecho en la región de las sombras. No sucedió así, por fortuna. El señor Pineda López, a quien el obstáculo estimula y la dificultad sólo logra que sus pies penetren más en la tierra,

tornó a la tarea, trabajó con tesón y perseverancia admirables, y cuando la paz alboreó en Europa, volvió la obra al yunque, y al igual que el grano de trigo escondido en la mano de la momia egipcia, brotó y se convirtió en espiga y rindió su cosecha al contacto con la luz y con la tierra fecunda, la idea del señor Pineda López, aletargada por años bajo el peso de dificultades sin cuento, surgió de nuevo al calor de su voluntad eficaz y se puso sin vacilaciones en el camino de la vida. Pero como no hay en todo el esfuerzo humano ningún dominio a cuya conquista caminemos de triunfo en triunfo, hubo de experimentar obstáculos inauditos e inesperados, dentro de la patria. Una red de intrigas y sutilezas que extendía sus hilos fuera de Colombia, la puso en graves peligros y la alinó con el fracaso. Vencidos una obstinación y un capricho, nacían de sus propias cenizas las iras de enemigos interesados. Personajes influyentes inabordables y bravos, con una ceguera que jamás sabrá explicarse el patriotismo, se tendieron sobre el camino para que no pudieran alargarse las paralelas del Ferrocarril del Nordeste. Quiso la fortuna, sin embargo, que el doctor Abadía Méndez, que se dio cuenta con previsora inteligencia de las proyecciones que la obra ofrecía, la pusiera bajo su influencia vigorizadora como Ministro de Gobierno, y desde entonces, día tras día y hora tras hora, la ha patrocinado con la sencillez y serena moderación que constituyen su fisonomía espiritual, con la diligencia firme y persistente que pone en la realización de las obras dignas de la República.

Principiaron los trabajos en medio de la alegría de unos, del enojo de otros y de la indiferencia esterilizadora de muchos. Plugo al cielo que el ánimo de Qilón, asustadiza y falaz, no tuviera asiento en los negocios de Cundinamarca. Al frente del Departamento se encontra-

ba el general Eduardo Briceño, quien, entusiasmado con la obra, puso a su servicio su voluntad decidida, y sin ahorrarse trabajo, sin economizar contrariedades, venció a los contumaces, alentó a los indiferentes, atropelló obstáculos, hasta lanzar el monstruo de hierro a través de la llanura. Hombres como el general Briceño, que probó en sus actos de gobernante no tener mezcla el metal en que está fundido su espíritu; que no es en el puesto público mera rama arrojada sobre el agua para indicar la dirección de la corriente, sino nadador de recio empuje que hace con todas las veras del alma lo que su mano encontró para hacer; que vigila por los contornos de su dominio para que no quede flojo ningún hilo de la urdimbre administrativa, que persevera sereno frente a frente de todo desaliento, sin perder la esperanza, son los que están llamados a todo adelanto y a toda nombradía.

Y qué mucho que así obrara con tenaz afincamiento este Gobernador diligente, si a su nutural activo lo enardecía la fe contagiadora de los constructores de este ferrocarril? Hijos de la Bélgica heroica, sabia y culta, en donde hay campo sin confines para todos los atrevimientos del ingenio y para todas las audacias de la voluntad; en donde florecen por modo maravilloso las letras, las ciencias, las artes y las industrias; en donde el amor a la patria y a su engrandecimiento, forma la razón de ser de cada ciudadano y palpita con igual ardimiento lo mismo bajo la blusa del obrero que bajo la galoneada casaca del noble, dejaron su país, y con él lo que es más caro al corazón y más dulce a la vida. Educados en la escuela de la disciplina y del esfuerzo, no pararon la atención en dificultades ni en distancias, y al través de los meridianos buscaron a Colombia, tierra noble y fecunda, para poner en actividad su ciencia y abrirse camino hacia los altos ideales del espíritu. Los dioses, dice el poeta, han colocado el trabajo y el afán en el camino que conduce a los Campos Elísios; a ellos van los hombres de acción,

los que golpean el yunque y dan movimiento a la rueda; los que con la inteligencia y con las manos laboran en bién de sus semejantes; los que, como los ingenieros del Ferrocarril del Nordeste, tanto extranjeros como nacionales, han puesto al servicio de la República, con absoluta consagración, todo lo que pueden dar su inteligencia y su voluntad, y ganar la compañía de los dioses, significa en el pensar moderno, quedar para siempre como modelos insuperables de competencia y de energía, en el corazón y en la mente de los pueblos agradecidos.

La fiesta que estamos celebrando marca una época de florecientes renovaciones; intensifica la perenne vibración del espíritu nacional y rehunde y vigoriza la fe que tenemos de ganar más altas esferas en el camino de la civilización. La idea de progreso que forma hoy el ideal de todo colombiano, se ha lanzado con afán a los cuatro vientos de la República y por todas partes levanta banderas que no se arrian, enseñas que no han de plegarse jamás. Todo va cambiando entre nosotros. Yá no queremos el brazo que combate, sino el toco brazo que construye y que nivela; queremos formar un pueblo fuerte y grande, que pueda afrontar sin ofuscaciones el soplo de la vida y de la libertad; queremos un desarrollo que no imite el de la semilla que levanta el terrón y lo echa a un lado, puramente con la persistencia de su crecimiento, sino intenso, vibrante, algo que nos sorprenda y nos enorgullezca. La obra pide, seguramente, clara concepción, labor profunda, ánimo sereno, devoción austera, y estas altas cualidades las reúnen los ingenieros nacionales, como lo demuestra la participación que han tenido en la construcción de este ferrocarril, y si algo faltara, tenemos un mandatario cuyo amor a la patria, igual a su modestia, arde vivo por ponerla a la altura que le corresponde entre las naciones de América».